

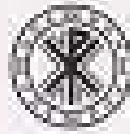
LA CARIDAD DE CRISTO EN LA REFLEXIÓN TEOLÓGICA DE SANTO TOMÁS DE AQUINO

Ponencia con motivo de la celebración de la
festividad de Santo Tomás de Aquino

Manuel Ángel Martínez Juan, O.P.



Sede Santa Úrsula - Valencia, 28 de enero de 2022



Universidad
Católica de Valencia
San Vicente Mártir

LA CARIDAD DE CRISTO EN LA REFLEXIÓN TEOLÓGICA DE SANTO TOMÁS DE AQUINO

Manuel Ángel Martínez Juan, O.P.

28 de enero de 2022

**UNIVERSIDAD CATÓLICA DE VALENCIA
SAN VICENTE MÁRTIR**



Universidad
Católica de Valencia

LA CARIDAD DE CRISTO EN LA REFLEXIÓN TEOLÓGICA DE SANTO TOMÁS DE AQUINO

Manuel Ángel Martínez Juan, O.P.

2022

UNIVERSIDAD CATÓLICA DE VALENCIA
SAN VICENTE MÁRTIR

© Manuel Ángel Martínez Juan, O.P.
© Universidad Católica de Valencia, de esta edición

LA CARIDAD DE CRISTO EN LA REFLEXIÓN TEOLÓGICA DE SANTO TOMÁS DE AQUINO

Manuel Ángel Martínez Juan, O.P.

INTRODUCCIÓN

El deseo más arraigado en el corazón humano es el de alcanzar la felicidad. Santo Tomás de Aquino, con toda la tradición cristiana, estaba convencido de que ese deseo solo se sacia en la comunión de amor con Dios. Además, Dios es el que más se ha empeñado en que nuestra vida esté marcada desde ahora por esa comunión y desemboque en una comunión plena con él. Pero nosotros no podemos dar el primer paso, y menos después de la experiencia de la caída, que trastornó la mirada humana sobre Dios, introdujo la desconfianza hacia él, rompió la relación. Para restaurar esta relación, Dios, por puro amor hacia la humanidad, nos envió a su propio Hijo. Cristo es la encarnación del amor de Dios, un amor que se transforma en misericordia en contacto con nuestra miseria. Dios no se conforma con amarnos, sino que quiere que entre él y nosotros exista una verdadera comunión marcada por el amor recíproco, aun cuando nuestro amor, al menos durante nuestra peregrinación por este mundo, tenga necesidad de madurar y perfeccionarse constantemente. Para provocar en nosotros esa respuesta de amor, Dios ha hecho lo inimaginable: después de muchas otras actuaciones en la historia humana, en el tiempo oportuno se ha encarnado, ha entrado así de modo singular en nuestra historia, ha experimentado nuestra vida, con sus límites, y, sobre todo, ha pasado por la experiencia dolorosa de una muerte injustamente tramada y perpetrada.

En mi intervención he querido poner el foco sobre un tema importante, no tan estudiado en sí mismo, como es el amor de Cristo hacia la humanidad, basándome en algunos textos de santo Tomás de Aquino.

Como afirma el dominico argentino John Emery en su tesis doctoral, el estudio de la «caridad de Cristo» en la obra del Aquinate se enfrenta a una serie de desafíos. El primero reside en el hecho

de que santo Tomás no desarrolló este tema por sí mismo. Por otra parte, en los pocos casos en los que se refiere expresamente a la caridad de Cristo ofrece poca o ninguna elaboración teológica. Por eso no es extraño que los estudiosos de su obra apenas hayan profundizado en este tema¹.

Aunque santo Tomás no hable explícitamente de la caridad de Cristo, podemos encontrar en sus escritos algunas afirmaciones que nos permiten comprender mejor esta realidad.

Nuestro modo de proceder aquí consistirá en recorrer los textos principales que aluden al amor de Cristo.

1. EL CONCEPTO DE CARIDAD

Es conocida la originalidad del concepto de caridad que nos propone santo Tomás en su reflexión teológica.

En su comentario al Evangelio de san Juan, santo Tomás distingue dos clases diferentes de amor: el amor de *amistad* y el amor de *concupiscencia*. Por el amor de *concupiscencia* amamos las realidades en tanto que nos son útiles o agradables; salimos hacia esas realidades para apoderarnos de lo bueno que tienen y retornamos de nuevo a nosotros mismos. El amor de *amistad* o *benevolencia*, por el contrario, consiste en salir de nosotros mismos hacia las realidades amadas, comportándonos con ellas como con nosotros mismos, comunicándonos con ellas. Es salida (éxtasis) sin retorno. Es salida no para apoderarnos del bien de las realidades amadas, sino para entregarnos de algún modo nosotros mismos a ellas. Este amor es causado por una cierta similitud entre las realidades amadas, puesto que solo se ama así a alguien en la medida en que se es uno con él; la semejanza es una cierta unidad. Por el contrario, en el amor de *concupiscencia* la semejanza es causa de separación y de odio; todo lo que impida la utilidad o el placer es odiado como contrario².

1 Cf. *A Christology of Communication. Christ's Charity according to Thomas Aquinas*, Thesis presented to the Faculty of Theology of the University of Fribourg (Switzerland) for the degree of Doctor, Fribourg 2017, pp. 1-2.

2 *In Ioan.*, c. 15, lect. 4, 2, n°. 2036.

El amor de concupiscencia no consiste en amar la realidad deseada, sino más bien en amar para uno mismo lo que se desea en la medida en que nos es útil o placentero. Con este amor uno se ama más a sí mismo que a la realidad amada. De este modo –nos dice el Aquinate– quien ama el vino se ama a sí mismo más que al vino. En cambio, en el amor de amistad se ama más la realidad amada que a uno mismo, se ama a alguien por sí mismo no por el bien que nos reporta³. No obstante, hay que puntualizar que el amor de concupiscencia puede ser ambivalente, y no siempre es malo desde el punto de vista ético. No es malo cuando, por ejemplo, se dirige a las cosas que necesitamos para cubrir las necesidades más elementales de la vida. Pero cuando se dirige a las personas, se convierte en una forma *restringida* de amor, porque tiende a relacionarse con ellas en función del propio yo, de las propias necesidades y deseos. Es un amor *parcial*, porque solo tiene en cuenta una parte del otro, y siempre en la medida en que beneficia al propio yo. Es un amor *incompleto*, porque deja en la sombra una gran parte del otro. Es un amor *funcional*, y puede conducir al egoísmo, a la posesión y a todas las demás formas de inmoralidad⁴.

Como vemos, el fundamento del amor de amistad reside en la unión. Santo Tomás aplica este argumento a Cristo, Hijo de Dios y hermano de los hombres⁵. Entre las cualidades del amigo, el Aquinate destaca en el mismo comentario al evangelio de san Juan la *fidelidad*, la *firmeza*, la *humildad*, el *don de sí mismo hasta la muerte* y el *mismo sentir*, que hace al amigo llorar o reír según la tristeza o el gozo experimentado por las personas que se aman⁶. Los amigos dan buenos consejos, sobre todo Cristo⁷.

Es conocido el siguiente texto en el que el Aquinate enumera los cinco efectos de la amistad: «El amigo quiere que su amigo sea y viva; quiere su bien; se porta bien con él y lo trata bien; convive con él gustosamente; comparte los sentimientos en las alegrías y en las tristezas»⁸.

3 *Ibid.* Esta misma doctrina la encontramos en la *Suma*, I-II, q. 26, a. 4; q. 27, a. 3.

4 Véase a este respecto el artículo de James McEvoy, «Amitié, attirance et amour chez S. Thomas d'Aquin», *Revue Philosophique de Louvain Année 91* (1993) 383-408.

5 Cf. Manuel RIVERO, O.P., *La caridad en dos obras de Santo Tomás de Aquino: I. El Comentario del Evangelio según San Juan*, Tesis doctoral dirigida por Marciano Vidal, Universidad Pontificia Comillas. Facultad de Teología, Madrid 1990, p. 112.

6 Cf. *Ibid.*, p. 113.

7 «Aún podemos entender que Cristo dio el consejo de obediencia cuando dijo: *Y sígame* (Mt 16,24). Y a Cristo le seguimos no solo imitando sus obras, sino también obedeciendo sus mandatos, como consta en Jn 10,27 al decir: *Mis ovejas oyen mi voz y me siguen*». I-II, q. 108, a. 4, ad 3.

8 II-II, q. 25, a. 7c.

Como afirma P. Foresi, santo Tomás aceptó la doctrina aristotélica del amor de amistad y del amor de concupiscencia porque entendió que esta distinción estaba sugerida por la misma revelación⁹.

Para santo Tomás, es claro que el amor de amistad es fruto de la gracia del Espíritu Santo. Incluso llega a afirmar que es una «participación del Espíritu Santo»¹⁰. Es importante tener en cuenta este dato porque explica por qué se dan tantos fracasos en este ámbito. Por otra parte, esta afirmación se inspira completamente en las enseñanzas de san Pablo.

La caridad viene de Dios. «No hay más que una lumbrera que expanda la luz de la caridad»¹¹. El Espíritu Santo la infunde en nuestros corazones. Mientras caminamos hacia Dios siempre puede crecer más. «La caridad –afirma el Aquinate– aumenta la capacidad de la criatura espiritual, pues por ella se dilata el corazón a tenor de estas palabras: *Nuestro corazón se ha dilatado* (2 Co 6,11). Queda, pues, aptitud para un aumento mayor»¹². Pero la caridad supone el ejercicio de nuestra libertad; por eso puede disminuir a causa del pecado; el pecado grave la destruye totalmente, porque es contrario a la amistad divina.

La caridad es también para el Aquinate la forma de las virtudes¹³, lo que significa que sin ella no es posible practicar ninguna virtud. A la caridad están unidos la paz y el gozo.

En la línea de san Pablo, santo Tomás interpreta toda la obra de la redención como una obra de la caridad: encarnación, pasión y muerte y resurrección tienen su raíz última en el amor de Dios¹⁴.

Aunque la caridad propiamente se tiene en relación a Dios, abarca también al prójimo e incluso al pecador y al enemigo, porque cuando se ama a un amigo se ama también a los que de alguna manera están unidos a él. De este modo el prójimo es amado con caridad por Dios o por lo que hay de Dios en él.

9 Cf. Pascale FORESI, *L'agape in san Paolo e la carità in s. Tommaso. Saggio di un confronto tra la teologia biblica e la teologia speculativa*, Città Nuova editrice, Roma 1965, p. 33.

10 II-II, q. 23, a. 3, ad 3.

11 *Ibid.*, q. 24, a. 5, ad 2.

12 *Ibid.*, q. 24, a. 7, ad 2.

13 *Ibid.*, q. 23, a. 8.

14 Cf. Pascale FORESI, *L'agape in san Paolo e la carità in s. Tommaso*, pp. 170-173.

La razón principal que nos mueve a amar a Dios es su bondad; los otros motivos son secundarios. Ahora bien, Tomás establece un orden en el amor. Dado que Dios es el fundamento de la caridad misma, hay que amar a Dios más que a uno mismo. El amor a Dios abarca también al prójimo, porque no amamos realmente a Dios si no amamos lo que él ama. Pero, inspirándose en el libro del Levítico (19,18) y en el evangelio según san Mateo (22,39), defiende la concepción aristotélica de que la amistad con nuestros semejantes no consiste en otra cosa que en extender al amigo el amor que uno siente por sí mismo.

De este modo la raíz de esta amistad y lo que la dinamiza es el amor que sentimos por nosotros mismos. Este amor es el modelo y el alimento de la amistad. Pero este «yo» que hay que amar más que al amigo se refiere al «hombre espiritual» del que habla san Pablo en sus cartas; por eso, este amor de amistad no renuncia a soportar cualquier sufrimiento o incluso a dar la vida, si es necesario, en beneficio del amigo.

2. LA CARIDAD DE CRISTO EN SUS COMENTARIOS A LAS CARTAS DE SAN PABLO

Es interesante el comentario que santo Tomás hace de la exhortación de san Pablo a los Efesios a conocer «el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento» (3, 19). Tomando pie de estas palabras, el Aquinate afirma que todo lo que tiene que ver con el misterio de la encarnación y de la redención es totalmente obra del amor de Dios y del amor de Cristo en su humanidad. Por eso, para conocer estos misterios es preciso conocer los misterios de la naturaleza humana de Cristo. Este amor supera toda inteligencia creada y toda ciencia por ser incomprensible. Es un amor que revela el amor de Dios por la humanidad. Por eso el amor humano de Cristo es expresión del amor de Dios, pero experimentado por Cristo libremente. Su libertad queda intacta a la hora de revelarnos el amor de Dios. No es anulada, sino que entra en la dinámica del amor de Dios. Dice así su comentario:

Hay que recordar aquí que todo lo que contiene el misterio de la redención de los hombres y la encarnación de Jesucristo es

enteramente obra del amor. Porque si Jesucristo se encarnó, lo hizo por amor (II, 4): *por el extremo amor con que nos amó*, etc.; si murió, también fue por amor; (Jn 15,13): *Nadie puede tener mayor amor que el que da la vida por sus amigos*; (V, 2): *Jesucristo nos amó y se entregó a Dios por nosotros, como oblación y víctima*. Esto es lo que hace decir a san Gregorio: «¡Oh, ternura inestimable de tu amor, para redimir a un siervo entregaste a tu Hijo!» Por eso, conocer el amor de Jesucristo es conocer todos los misterios de su encarnación y de nuestra redención, que son obra de la inmensa caridad de Dios, una caridad que supera toda inteligencia creada y toda ciencia, ya que es incomprendible para el pensamiento. Por eso dice san Pablo (v. 19): *que supera todo conocimiento natural y toda inteligencia creada*; (Flp 4,7): *Y que la paz de Dios que supera todo sentimiento*. «El amor de Jesucristo», es decir, el que Dios nos ha mostrado por medio de Jesucristo; (2 Co 5,19): *Dios estaba en Cristo Jesús, reconciliando al mundo*¹⁵.

Santo Tomás retoma las cuatro dimensiones del amor de las que habla san Pablo en el versículo anterior para luego aplicárselas a Cristo: 1) la anchura, que se extiende incluso a los enemigos; 2) la longitud o duración, que tiene que ver con la perseverancia en el amor, o con el hecho de no cansarse nunca de amar; 3) la elevación, pues la caridad verdadera se eleva hasta las cosas celestiales, especialmente hasta Dios, y no por el interés o por las ventajas personales, sino por pura gratuidad, es decir, se ama a Dios porque es Dios, no porque se espere algo de él; 4) la profundidad, es decir, que se remonta a la fuente del amor que es Dios mismo. Santo Tomás relaciona esta dimensión con el misterio de la predestinación:

Este pasaje puede explicarse también refiriéndolo a la perfección de nuestra caridad, como si dijera: Sed fuertes, de modo que estando arraigados y cimentados en la caridad, podáis no solo conocer, sino también entender con todos los santos, ya que el don de la caridad es común a todos, no pudiendo nadie ser santo sin la caridad, como se dice más adelante; «podáis», es decir, entender cuál es la anchura, a saber, de la caridad que se extiende incluso a los enemigos; (Sal 118,96): *Tu mandamiento es de extensión infinita*; porque esta caridad es amplia en su extensión; (Sal 17,20): *El Señor me ha sacado y me ha puesto en la anchura*. Su longitud puede reconocerse en su perseverancia, pues no se cansa; comienza aquí abajo y recibe su complemento en la gloria; (1 Co 13,8): *La caridad*

no tendrá fin; (Cant 8,7): *Las aguas torrenciales no podrían apagar la caridad*. Su elevación se ve en el movimiento que la lleva hacia las cosas celestiales, y hace que no se ame a Dios por las ventajas temporales, pues tal amor sería imperfecto, sino que se le ame solo por él mismo; (Jb 40,5): *Levántate en lo alto, y busca la gloria*. Su profundidad se encuentra en su mismo origen. Porque si amamos a Dios, no lo hacemos por nosotros mismos, sino por el Espíritu Santo, como se dice (Rm 5,5): *El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo*, etc. Por tanto, el hecho de que alguien tenga una caridad extendida en longitud, anchura, altura y profundidad, y alguien no, esto viene por el misterio tan profundo de la predestinación divina (Si 1,2): *¿Quién ha medido la profundidad del abismo?* Por tanto, todo esto es para que comprendáis, es decir, para alcanzar perfectamente con todos los santos, cuál es la anchura, para que vuestro amor se extienda hasta los enemigos; cuál es la longitud, para que no se debilite; cuál es la elevación, para que se ame a Dios solo por él; y cuál es la profundidad, es decir, la de la predestinación, etc.¹⁶

El Aquinate aplica estas dimensiones a la pasión de Cristo recurriendo a un ejercicio de teología simbólica.

Debemos darnos cuenta aquí de que Jesucristo, que tenía el poder de elegir el tipo de muerte que quería, ya que la sufrió por amor, prefirió la muerte de la cruz, donde encontramos las cuatro dimensiones que acabamos de mencionar. En primer lugar, la amplitud, en el travesaño al que estaban atadas las manos, porque nuestras obras deben extenderse, por la caridad, a nuestros enemigos; (Sal 17,20): *El Señor me ha tomado y me ha llevado a lo profundo*. La longitud en la pieza de madera perpendicular en la que se extendía todo el cuerpo, porque la caridad debe ser perseverante, es la que sostiene y sana al hombre; (Mt 10,22): *Se salvará el que perseverare hasta el fin*. La altura, en la parte superior en la que se apoya la cabeza, porque nuestra esperanza debe elevarse a las cosas divinas y eternas; (1 Co 11,3): *la cabeza de todo hombre es Jesucristo*. Por último, la profundidad, en la parte que está oculta en la tierra, y sostiene la cruz, sin ser vista sin embargo, porque la profundidad del amor divino nos sostiene, y sin embargo no se ve, ya que la razón de la predestinación, como se ha dicho, sobrepasa nuestro entendimiento¹⁷.

16 *Ibid.*

17 *Ibid.*

A continuación santo Tomás habla de la importancia de conocer la eficacia de nuestra propia caridad y de la de Cristo. La caridad de Cristo solo se puede conocer mediante una caridad superior en comparación con la que está desprovista de conocimiento. Por tanto, vemos aquí el alcance que el Aquinate concede al conocimiento para avanzar en el amor¹⁸:

Así debemos comprender la eficacia de nuestra caridad, y la de Jesucristo, y conocer también el amor de Jesucristo que supera toda ciencia, es decir, toda ciencia humana, pues nadie puede saber cuánto nos ha amado Jesucristo, ni siquiera conocer su caridad, con ese conocimiento que solo se puede tener con el conocimiento de Jesucristo, quiero decir esa caridad que es superior a toda otra caridad que no tiene ciencia. Pero, ¿es cierto que la caridad que se da juntamente con la ciencia es más importante que la que se da sin la ciencia? Parece que no, porque entonces un teólogo sin virtud tendría una caridad más excelente que una pobre mujer que fuera santa. Respondo que esto debe entenderse en términos de ciencia afectiva. Porque el efecto del conocimiento es llevar a uno a amar más, porque Dios es tanto más amado cuanto más se le conoce; por eso san Agustín hizo esta oración: «Señor, que te conozca, y que me conozca a mí mismo». O también se dice esto en relación con los que tienen celo por Dios, pero no según el conocimiento; porque para los tales su caridad es inferior a la que está unida a este conocimiento de Jesucristo¹⁹.

Más adelante, comentando la exhortación de san Pablo a los Efesios a vivir siguiendo el ejemplo de Cristo, que nos amó y se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave aroma (cf. 5,2), el Aquinate comenta que san Pablo pide que se imite a Cristo

18 Entramos en comunión con Dios mediante las dos operaciones de nuestras mejores capacidades humanas: el conocimiento y el amor. Estas son las dos únicas operaciones de Dios de las que participa también el ser humano. El objeto de la inteligencia y de la voluntad humana se encuentra fuera del propio ser, convirtiéndolo en una realidad abierta por su propia estructura interna. Santo Tomás le da mucha importancia al conocimiento para alcanzar la salvación. De ahí que una de las razones de conveniencia de la encarnación, a la que Tomás se refiere con frecuencia en sus obras, es la adecuación de este misterio al modo de conocer propio del ser humano. Pero el Aquinate tiene clara conciencia de que la tarea teológica, a diferencia de otros ámbitos del saber, exige una gran madurez tanto intelectual como afectiva. Incluso llegará a afirmar que es más importante amar a Dios que conocerlo (*STh.*, I, q. 82, a. 3c.), consciente de que nuestro conocimiento de Dios es limitado y de que ni la razón ni la fe nos proporcionan el conocimiento de su esencia durante nuestra existencia terrena.

19 *Ibid.*

allí donde tenemos una muestra inmensa de su amor, es decir, en su entrega por nosotros²⁰. Hay que imitarle en el amor, porque este es un bien en el que siempre debemos perfeccionarnos, y una deuda que nunca se acaba de pagar. Dado que la prueba del amor son las obras, san Pablo resume las obras de Cristo diciendo que «se entregó por nosotros» (v. 2). A estas palabras, el Aquinate añade otros textos del Nuevo Testamento que van en la misma dirección: «Nos amó y nos lavó de nuestros pecados» (Ap 1,5); «Vivo por la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a la muerte por mí» (Ga 2,20). Y continúa su exposición diciendo:

Ahora bien, esta muerte fue útil y necesaria para nosotros; por eso san Pablo añade (v. 2): como oblación y víctima, etc. Aquí el Apóstol se expresa a la manera de la antigua ley, en la que (Lv 4,2) se debía ofrecer una víctima y una oblación por el pecado, como se llamaba, por el que había sido culpable. Del mismo modo, cuando se daba gracias a Dios, o cuando se deseaba obtener un favor, había que ofrecer (Lv 3,9) una hostia pacífica que era para el Señor, como se dice en el mismo lugar, una oblación de olor agradable. Ahora bien, todas estas prescripciones fueron cumplidas por Jesucristo, pues para que fuéramos limpiados de nuestros pecados y obtuviéramos la gloria, Él se entregó por nosotros como una oblación, por todo lo que hizo durante su vida; (Is 53,7): *Fue ofrecido, porque Él mismo lo quiso*, etc., y como víctima ante Dios por el pecado; y eso en olor de dulzura. El Apóstol alude aquí a lo que se dice en el cap. III, 5 del Levítico. Sin embargo, es cierto que entonces este olor no era agradable a Dios por lo que era en sí mismo, sino por su significado, ya que marcaba la oblación dulcemente perfumada del cuerpo de Jesucristo; (Gn 27,27): *El olor que sale de mi hijo es como el olor de un campo lleno de flores*; (Cant 1,3): *Atráeme tras de ti, correremos al olor de tus perfumes*. Así debemos sacrificarnos a Dios espiritualmente; (Sal 50,19) *Un espíritu [quebrantado por el dolor] es un sacrificio ante Dios*²¹.

En su comentario a la carta de san Pablo a los Gálatas, comentado el v. 20 del capítulo segundo, donde el Apóstol de los gentiles afirma de sí mismo: «vivo por la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó a sí mismo por mí», santo Tomás insiste en señalar que esta entrega de Cristo se debió a su obediencia y caridad:

20 En otro lugar de este comentario insiste en el hecho de que la inmensa caridad de Cristo se manifestó de modo especialísimo en su muerte en cruz. *Ibid.*, II, 4, 2.

21 *Super Eph.* V, lect. 1, 2.

[San Pablo] explica cómo está ligado a la cruz, diciendo: por el amor que Jesucristo me demostró, muriendo en la cruz por mí, estoy continuamente clavado a la cruz con él; y añade *me amó* (v. 20); *Él nos amó primero* (1 Jn 4,10). Y me amó tanto que *se entregó a la muerte por mí* (Ga 2,20), y no hay otro sacrificio; *Nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre* (Ap 1,5); *Jesucristo amó a la Iglesia, y se entregó a la muerte por ella*, etc. (Ef 5,25). Sin embargo, hay que observar que el Hijo se entregó a sí mismo, y el Padre entregó a su Hijo; *Dios no perdonó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros* (Rm 8,32). También Judas lo entregó, como se dice en san Mateo (26,15); se trata siempre del mismo hecho, aunque no de la misma intención, pues el Padre entregó a su Hijo por caridad, el Hijo se entregó a sí mismo por obediencia y caridad al mismo tiempo, Judas como traidor y por codicia²².

Más adelante, comentando el v. 14 del capítulo sexto, donde san Pablo afirma: «En cuanto a mí, ¡Dios me libre de presumir si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo es para mí un crucificado y yo un crucificado para el mundo!», santo Tomás comenta que en la cruz de Cristo encontramos todas las cosas de las que suelen gloriarse los hombres, como por ejemplo, la amistad, pues en ella se muestra el signo evidente de la amistad divina, pues nada nos muestra tanto el amor que Dios nos tiene como la muerte de Cristo²³.

3. LA CARIDAD DE CRISTO EN EL COMENTARIO DE SANTO TOMÁS AL EVANGELIO DE SAN JUAN

El Evangelio de san Juan alude constantemente a la caridad de Cristo, por eso su comentario no puede obviar esta realidad con toda su riqueza.

En el contexto de la última cena, el evangelista san Juan dice de Jesús: «Él, que había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin» (13,1). Según santo Tomás, estas palabras ponen de manifiesto o iluminan el amor ferviente de Cristo bajo cuatro aspectos²⁴:

²² *Super Gal.* II, lect. 6, 2.

²³ *Ibid.*, VI, lect. 4, 1.

²⁴ Cf. *In Ioan.*, c. 13, lect. 1, 1, nº. 1735-1738.

- 1) En primer lugar, se trata de un amor «preveniente», puesto que Dios nos amó primero, antes de que nosotros le hubiéramos amado a él. Los amó antes de crearlos, antes de llamarlos y antes de rescatarlos. Por eso se dirá más adelante que nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos.
- 2) En segundo lugar, estamos ante un amor bien ordenado según se expresa en las palabras «a los suyos». «Los suyos» son todos los hombres, pero lo son de diversas maneras, y son amados por Dios de diversas maneras. Los hombres son suyos en tres sentidos; primero por ser criaturas suyos; de este modo Dios ama a todos los hombres conservando en ellos los bienes de la naturaleza; en segundo lugar, otros hombres son suyos porque los consagra: son aquellos a los el Padre dio a Cristo mediante la fe, a estos los ama conservándoles la fe; en tercer lugar, otros son suyos por una especial devoción, y a estos Cristo los ama consolándolos de modo especial.
- 3) En tercer lugar, el amor de Cristo se pone de manifiesto por el hecho de que es necesario. Este amor es más necesario para los que están en este mundo que para los que están ya en la gloria.
- 4) En cuarto lugar, se pone de relieve que su amor es perfecto: «los amó hasta el fin». El fin puede ser entendido de dos maneras: como el fin de la intención o como el fin de la ejecución. El fin de la intención es el objetivo al que se ordena nuestra intención; y este fin debe ser la vida eterna. Además, también Cristo deber ser un fin de este género. Estas dos cosas –dice el Aquinate– forman un único fin, porque la vida eterna es gozar de Cristo según su divinidad. En este sentido, la expresión «los amó hasta el fin» ha de entenderse como que los amó hasta llevarlos a sí o a la vida eterna, que es la misma cosa. Por lo que se refiere al fin de la ejecución, este consiste en el término de una cosa. En este sentido, el fin es la muerte misma. Esto no significa que amara a los suyos solo hasta el momento de la muerte, sino que el amor a los suyos lo condujo a la muerte. Pero la expresión puede tener también el siguiente significado: «podemos entender que *hasta el fin* significa: mientras que antes les había dado muchas señales de amor, al fin, es decir, en el momento de la muerte, les dio las mayores señales de amor [...]. Es como si dijera: solo era necesario mostraros cuánto os amaba en el momento de mi partida, para que mi amor y mi recuerdo se imprimieran más profundamente en vuestros corazones»²⁵.

Según M. Rivero, «estas últimas frases muestran la sensibilidad del Doctor Angélico, que ve en la muerte de Cristo el sello imprimido en el corazón del hombre, para que no se olvide nunca del amor de Dios hasta la cruz y la muerte»²⁶.

Jesús se pone como ejemplo del amor fraterno: «como yo os he amado». Santo Tomás señala que Jesús nos ha amado de tres maneras: *gratuita, eficaz y rectamente*:

Gratuitamente, porque él tuvo la iniciativa de amarnos, y no esperó a que nosotros comenzáramos a amarlo: *no fuimos nosotros los que amamos a Dios, sino que él nos amó primero* (1 Jn 4,10). Así que nosotros también debemos amar primero a nuestros seres queridos, y no esperar a que ellos se adelanten o nos concedan sus beneficios.

También Cristo nos amó de una manera eficaz, que se manifiesta claramente en sus obras: en efecto, la prueba del amor está en las obras. Ahora bien, lo más grande que un hombre puede hacer por su amigo es entregarse por él, y esto es lo que hizo Cristo: *nos amó y se entregó por nosotros* (Ef 5,2). Por eso dice: *Nadie tiene mayor amor que el que entrega su alma por sus amigos* (Jn 15,13). Por tanto, amémonos unos a otros según este ejemplo, de forma eficaz y fructífera: *No amemos de palabra, solo con la boca, sino con obras y de verdad* (1 Jn 3,18).

Cristo, además, nos amó rectamente. Toda amistad, en efecto, se basa en un cierto compartir (pues la similitud es la causa del amor); así pues, es recta la amistad que nace por la similitud o comunicación en el bien. Ahora bien, Cristo nos ha amado en la medida en que somos semejantes a él por la gracia de la adopción, amándonos según esta semejanza para atraernos hacia Dios. De ahí las palabras del profeta Jeremías: *Con un amor eterno de caridad os he amado, por eso os he atraído a mí lleno de compasión* (Jr 31,3).

Y así también nosotros debemos buscar en las personas a las que amamos no tanto recibir beneficios o su benevolencia, sino que debemos amar en ellos aquello que es de Dios. Y en ese amor al prójimo está incluido también el amor a Dios.

En la frase: «Todos conocerán que sois discípulos míos en una cosa: en que os tenéis amor unos a otros» (Jn 13,35), el Aquinate encuentra indicada la razón para cumplir este mandamiento:

Se debe tener presente que todo hombre que se cuenta en la milicia de un rey debe llevar la insignia de ese rey. Ahora bien, las insignias de Cristo son las insignias de la caridad. Por eso, quien quiera ser contado en la milicia de Cristo debe estar marcado con el sello de la caridad. Y esto es lo que dice: *Todos conocerán que sois discípulos míos en una cosa: en que os tenéis amor unos a otros*, es decir, amor santo, dilección santa, como dice la eterna Sabiduría: *Soy la madre del amor hermoso, del temor, del conocimiento y de la esperanza santa* (Si 24,18).

Pero fíjate que, aunque los Apóstoles recibieron de Cristo muchos dones, como la vida, la inteligencia, la salud del cuerpo, y también dones espirituales como el poder de obrar milagros: *yo os daré una elocuencia y una sabiduría*, etc. (Lc 21,15), en todas estas cosas no se encuentra el distintivo de Cristo, ya que pueden ser comunes a los buenos y a los malos. Pero, de manera muy especial, el signo del discípulo de Cristo es la caridad y el amor mutuo: *Él [Dios] fue quien nos marcó con su sello y quien puso el Espíritu en nuestros corazones, como arras de lo verdadero* (2 Co 2,22)²⁷.

Comentando el pasaje: *Como el Padre me ha amado, así os he amado yo. Permaneced en mi amor* (Jn 15,9), santo Tomás entiende el hecho de permanecer en el amor de Cristo como algo que se deriva de su gracia, y que es efecto del amor que nos tiene. Y asocia al amor de Cristo las siguientes palabras del profeta Jeremías: «Con amor eterno te he amado» (31,3). Según esto resulta muy claro que todas nuestras buenas obras provienen del beneficio del amor divino. En efecto, piensa el Aquinate –inspirándose en san Agustín– que nuestras buenas obras no serían nuestras si la fe no obrara por el amor, y nosotros no amaríamos si no hubiéramos sido amados primero²⁸.

Pero notemos que el adverbio «como» expresa a veces una igualdad de naturaleza, y a veces una similitud de acción. Los arrianos, en su error, querían que el «como» implicara igualdad de naturaleza; y del hecho de que lo que es superior se exprese más a menudo, concluyeron que el Hijo es menos que el Padre²⁹. Pero esto no es cierto, y por eso hay que decir,

27 *In Ioan.*, c. 13, lect. 1, 4, n.º. 1739.

28 *In Ioan.*, c. 15, lect. 2, 1, n.º. 1998.

29 Esta idea aparece con más claridad en el comentario de las siguientes palabras del mismo Evangelio: «Aquel día comprenderéis que yo estoy en mi Padre» (Jn 14,20): «Es necesario notar aquí que, como el Señor parece establecer una relación similar entre Él y su Padre y entre Él y sus discípulos, los arrianos querían que, como los discípulos son menos que Cristo y no son consustanciales a Él, así el

según Agustín, que el «como» indica una similitud de gracia y de amor, pues el amor con que el Hijo ama a los discípulos es una cierta semejanza del amor con que el Padre ama al Hijo. Como, en efecto, amar a alguien es querer el bien para él, el Padre ama al Hijo según su naturaleza divina, en cuanto quiere para él el bien infinito y soberano que él mismo posee, y esto comunicando al Hijo su propia naturaleza, la misma numéricamente que él posee: *El Padre ama al Hijo, y le muestra todo lo que hace* (Jn 5,20). También lo ama según su naturaleza humana: *Cuando Israel era un niño, lo amé, y desde Egipto lo llamé hijo mío* (Os 11,1); y lo llamó para que fuera a la vez Dios y hombre.

Ahora bien, el Hijo no amó a los discípulos por ninguna de estas cosas: no los amó ni para que fueran Dios por naturaleza, ni para que estuvieran unidos a Dios en su persona. Pero los amó por una semejanza de todas estas cosas, es decir, para que fueran dioses por participación en la gracia: *Yo dije: Sois dioses* (Sal 81,6). *Por medio de ella [la gloria y virtud divinas] nos han sido concedidas las preciosas y sublimes promesas, para que por ellas os hicierais partícipes de la naturaleza divina* (2 P 1,4). También los amó para que fueran asumidos por Dios en una unidad de afecto, pues *quien se adhiere a Dios es un solo espíritu con Él* (1 Co 6,17). *A los que conoció de antemano, también los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que fuera el primogénito entre muchos hermanos* (Rm 8,29). Así, el bien comunicado por Dios Padre al Hijo según una y otra naturaleza es mayor que el bien comunicado por el Hijo a los discípulos; sin embargo, es un bien similar, como se ha dicho³⁰.

La frase «permaneced en mi amor», según una primera explicación significa amarle desde el momento en que se ha recibido el gran beneficio de su amor. Otra explicación mejor a juicio de santo Tomás, es que permanecer en el amor de Cristo es permanecer en el amor con el que él ama a sus discípulos, es decir, se trata de permanecer en su gracia para no perder aquellos bienes que les ha preparado. Por tanto, permanecer en su amor es permanecer en este estado, de modo que se ame a Cristo mediante la eficacia de su gracia³¹.

Hijo es menos que el Padre y de una sustancia diferente a Él. Y por eso hay que decir que lo que dice: *Yo estoy en el Padre*, lo dice por consustancialidad de naturaleza, como cuando se dice: *Yo y el Padre somos uno*; y como se dice en el Prólogo: *el Verbo estaba con Dios* (1,1)^o. *In Ioan.*, c. 14, lect. 5, 3, n^o. 1927.

30 *In Ioan.*, c. 15, lect. 2, 1, n^o. 1999.

31 Cf. *In Ioan.*, c. 15, lect. 2, 1, n^o. 2000.

El amor del Padre hacia el Hijo es el modelo del amor del Hijo hacia nosotros. Ahora bien, Cristo mostró que permaneció en el amor al Padre obedeciendo en todo sus mandamientos; lo amó hasta la muerte³². El cumplimiento de los mandamientos de Dios es ya un efecto no solo de nuestro amor a él, sino también de su amor por nosotros, pues porque Dios nos ama nos mueve y nos ayuda a cumplir sus preceptos, dado que no los podemos observar sin su gracia³³.

Después de haber exhortado a sus discípulos a la caridad fraterna por medio de su ejemplo, Jesús habla del beneficio que reciben quienes le imitan: su propia amistad. Según la interpretación que hace el Aquinate, Jesús habla en primer lugar del signo de su amistad y luego del motivo de esta. Por lo que se refiere al signo, son verdaderos amigos de Jesús los que observan sus mandamientos: «vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando» (15,14). De dos formas se dice de alguien que es amigo, o porque ama o porque es amado. Santo Tomás recoge la etimología de san Gregorio Magno, según la cual la palabra «amigo» proviene de la expresión latina *custos animae*, el custodio del alma. Según esto, quien custodia la voluntad de Dios, es justo que sea su amigo.

Por otra parte, aquellos a los que Dios ama observan sus preceptos, porque Dios mismo les da su gracia para ayudarles a observarlos. En efecto, Dios amándonos hace que le amemos³⁴. Ahora bien, la observancia de los mandatos no es la causa de la amistad de Dios, sino signo de ella³⁵. El signo de la amistad por parte de Cristo consiste en que ya no trata a sus discípulos de siervos. A la amistad se opone la servidumbre o la esclavitud³⁶. Pero el verdadero signo de la amistad de Cristo es la comunicación a sus discípulos de todo lo que ha oído a su Padre, es decir, la revelación de los secretos de su corazón, porque siendo los amigos un solo corazón y una sola alma, cuando un amigo revela algo a otro no le parece que esté sacando fuera de su corazón lo que le está revelando. Dios nos revela sus secretos haciéndonos participar de su sabiduría³⁷.

Por lo que se refiere a la causa de la amistad, santo Tomás afirma que entre los hombres cada uno se considera a sí mismo

32 Cf. *In Ioan.*, c. 15, lect. 2, 4, n.º. 2003.

33 Cf. *In Ioan.*, c. 15, lect. 2, 3, n.º. 2004.

34 Cf. *In Ioan.*, c. 15, lect. 3, 1, n.º. 2011.

35 Cf. *In Ioan.*, c. 15, lect. 3, 1, n.º. 2012.

36 Cf. *In Ioan.*, c. 15, lect. 3, 2, n.º. 2014.

37 Cf. *In Ioan.*, c. 15, lect. 3, 5, n.º. 2025-2027.

como causa de la amistad; así se declara también en el libro del Eclesiástico: «Todo amigo dice: Soy yo quien hice amistad» (37,1); y es así como muchos se atribuyen a sí mismos su amistad con Dios y también se consideran el principio de sus buenas acciones. Jesús excluye este modo de pensar diciendo: «No me habéis elegido vosotros a mí». Jesús tuvo la iniciativa. Para explicar la gratuitidad de esta elección, santo Tomás se remonta a la primacía del amor de Dios y a su misma elección. Luego habla del objetivo de esta elección: «para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto sea duradero» (15,16). Aquí ve santo Tomás tres objetivos: 1) Para que los doce recorrieran el mundo entero y lo convirtieran a la fe; o para que progresaran ellos mismo en la virtud; 2) para dar fruto, es decir, el fruto de la conversión de los fieles; o para dar un fruto espiritual interior; 3) para dar un fruto que no se pierda con la muerte o con el pecado³⁸.

4. LA CARIDAD DE CRISTO EN LA *SUMA TEOLÓGICA*

En la *Tertia Pars* de la *Suma* encontramos la última etapa de la reflexión de santo Tomás sobre Cristo. El Aquinate comienza preguntándose si era conveniente que Dios se encarnara. A esto responde, entre otras cosas, que la encarnación era conveniente para encender nuestra caridad al ver cómo en la encarnación se muestra el amor de Dios. La encarnación es una obra de toda la Trinidad, aunque fue el Hijo el que se encarnó. Y convenía que así fuera porque entre el Hijo y las criaturas hay una relación de semejanza³⁹.

Otra idea importante para comprender la caridad de Cristo es su plenitud de gracia. Cristo recibió la misión invisible del Espíritu Santo desde el primer instante de su concepción; desde ese momento quedó lleno de toda sabiduría y gracia⁴⁰. La gracia es el principio y la raíz de todas las virtudes infusas, por tanto, también de

38 Cf. *In Ioan.*, c. 15, lect. 3, 3, n.º 2016.

39 El Aquinate señala tres razones de conveniencia para justificar la encarnación del Verbo y no la del Padre o la del Espíritu Santo: 1) por su carácter ejemplar, se establece una relación de semejanza común entre el Verbo y las criaturas, que hace conveniente la encarnación para restituir a todas su ordenación u orientación originaria hacia la perfección eterna e inmutable; 2) la salvación humana, concebida en términos paulinos como predestinación a la herencia celestial o como filiación, hizo conveniente que los hombres obtuvieran la semejanza participada de la filiación divina por medio del Hijo natural; 3) dado que el mismo pecado humano fue provocado por su apetito desordenado de saber, convenía que la Sabiduría verdadera acercase al hombre a Dios. Cf. III, q. 3, a. 3c.

40 Cf. I, q. 43, a. 6, ad 3.

la caridad⁴¹. La plenitud de gracia hizo que su caridad fuera perfecta desde el primer instante de su concepción.

Santo Tomás atribuye a Cristo la gracia de unión, que es la causa de su gracia habitual. Esta se le dio no solo a título personal, para su propia santificación, sino también como cabeza de la Iglesia, es decir, para que redundara en toda la humanidad. La gracia nos hace semejantes a Dios, nos hace sus amigos.

Es importante tener en cuenta su teología de Cristo como Mediador entre Dios y los hombres o de su sacerdocio. Como sacerdote o como mediador, Cristo nos trae los bienes de Dios, entre ellos la gracia que restaura nuestra amistad con él.

Igualmente hay que tener en cuenta su doctrina sobre la instrumentalidad de su humanidad: Cristo en cuanto hombre es instrumento de la divinidad, por eso todas sus obras son salvíficas. En todas ellas se manifiesta la acción de Dios, su amor y su misericordia.

Algo semejante hay que decir de su doctrina sobre la ciencia de Cristo. Esta le capacitó para poder satisfacer por nuestros pecados, lo cual es también obra de su amor.

Siguiendo la enseñanza del III concilio de Constantinopla, santo Tomás afirma las dos voluntades de Cristo, y, por consiguiente, su libertad humana y su capacidad de amar en cuanto hombre.

Las alusiones más importantes al amor de Cristo las encontramos en las cuestiones sobre la pasión. En el artículo 2 de la cuestión 47 se plantea la pregunta de si Cristo murió por obediencia, o más bien por caridad. Una de las objeciones que se plantea sostiene que la pasión debería atribuirse a la caridad por ser esta una virtud más excelente (ob. 3). El Aquinate responde estableciendo una mutua interrelación entre ambas virtudes: «Cristo padeció por caridad y obediencia, porque los preceptos de la caridad no los cumplió sino por obediencia, y fue obediente por amor al Padre que dictaba tales preceptos»⁴². En la cuestión sobre la obediencia encontramos ciertas afirmaciones que hacen más explícita su conexión con las otras virtudes y en concreto con la caridad. Entre las virtudes morales, la obediencia es la más laudable porque por Dios posterga la propia voluntad⁴³; sin embargo, las virtudes teologales son más excelen-

41 Cf. I-II, q. 110, a. 3, ad 3. A diferencia de las virtudes, la gracia no reside en las potencias del alma, sino en su misma esencia. Cf. *Ibid.*, a. 4 c.

42 III, q. 47, a. 2, ad 3.

43 II-II, q. 104, a. 3c.

tes que las morales porque son inherentes al fin que persigue toda virtud: la unión con Dios; mientras que las morales son los medios para alcanzar tal fin⁴⁴. Por ser el mejor medio para alcanzar la unión del hombre con Dios, la obediencia es inseparable de la caridad como se nos dice en el siguiente texto:

[...] el que sufriera el martirio o distribuyera todo lo suyo entre los pobres, no tendría ningún mérito si estas acciones no estuvieran ordenadas a cumplir la voluntad divina, lo que pertenece justamente a la obediencia; como tampoco (serían meritorias) si se realizaran sin la caridad que no puede existir sin la obediencia. Pues se dice en 1 Jn 2, 4-5 que *quien dice que conoce a Dios y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso; mientras que en quien guarda sus palabras la caridad es perfecta*, porque la amistad produce *un mismo querer y no querer*⁴⁵.

Esta estrecha relación entre la obediencia y la caridad nos ayuda a comprender mejor la razón por la que Tomás en algunas ocasiones atribuye la pasión y muerte de Cristo a ambas⁴⁶, y otras únicamente a su caridad⁴⁷. No obstante, este binomio «caridad y obediencia» se repite varias veces en su reflexión sobre la pasión de Cristo⁴⁸. Por otra parte, el hecho de haber padecido la muerte por amor, es lo que le da a esta su valor de sacrificio⁴⁹. Este sacrificio es comparado a un holocausto en el que se quemaba toda la víctima. En el holocausto de Cristo, el fuego de la caridad reemplazó al fuego material⁵⁰.

44 *Ibíd.*

45 *Ibíd.*

46 En el comentario a la carta a los Romanos, Tomás nos dice que la muerte de Cristo «puede considerarse como procedente de la voluntad de Jesucristo sufriente, una voluntad que le determinó a soportar la muerte por obediencia a su Padre: *Se hizo obediente a su Padre hasta la muerte* (Flp 2,8), y por amor a los hombres: *Nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros*» (Ef 5,2). *Super Rom.*, cap. 5, lect. 3, n.º 403. La misma idea se encuentra en otros muchos textos como, por ejemplo, en *Super Gal.*, cap. 2, lect. 7, n.º 110, donde se dice lo siguiente: «Sin embargo, hay que observar que el Hijo se entregó a sí mismo, y el Padre entregó a su Hijo; (Rm 8,32): *Dios no perdonó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros*. También Judas lo entregó, como se dice en san Mateo (26,15); pero se trata siempre del mismo hecho, aunque no de la misma intención, pues el Padre entregó a su Hijo por caridad, el Hijo se entregó por obediencia y caridad al mismo tiempo, Judas por traidor y por codicia.»

47 «El Padre entregó a Cristo, y este se entregó a sí mismo, por amor». III, q. 47, a. 3, ad 3.

48 Sobre este tema de la relación de la caridad y la obediencia en la pasión de Cristo puede consultarse: B. CASTILLA CORTAZAR, «*Passio Christi ex caritate*» según santo Tomás de Aquino», *Excerpta e dissertationibus in Sacra Théologia*, Facultad de Teología de Navarra 10 (1986) 344-345.

49 Cf. *Ibíd.*, a. 4, ad 2.

50 Cf. III, q. 46, a. 4, ad 1.

Santo Tomás presenta la satisfacción como un acto de amistad y, por tanto, de amor. Así lo afirma en el siguiente texto:

La cabeza y los miembros son como una sola persona mística. Y, por tal motivo, la satisfacción de Cristo pertenece a todos los fieles como miembros suyos. Incluso dos hombres, en cuanto forman una sola cosa por medio de la caridad, son capaces de satisfacer el uno por el otro [...] la satisfacción se concreta en un acto exterior, al que pueden asociarse instrumentos, entre los cuales se cuentan los amigos⁵¹.

La grandeza de la caridad de Cristo supera con creces la malicia de quienes lo crucificaron. Tal caridad es capaz de satisfacer de forma sobreabundante incluso por estos últimos:

La caridad de Cristo, al padecer, fue mayor que la malicia de quienes le crucificaron. Y por eso Cristo pudo satisfacer más

con su pasión que lo pudieron ofender, al matarle, los que le crucificaron, en cuanto que la pasión de Cristo fue suficiente y superabundante para satisfacer por los pecados de los que le crucificaron⁵².

La fuerza de la caridad fue lo más importante en la satisfacción:

propiamente satisface por una ofensa el que presenta al ofendido algo equivalente o que ama más que el odio que siente por la ofensa. Ahora bien, Cristo, sufriendo por caridad y obediencia, presentó a Dios algo mayor de lo que exigía la compensación de todas las ofensas del género humano. En primer lugar, por la grandeza de la caridad con la que padecía. En segundo lugar, por la dignidad de su vida, que era la vida de Dios y hombre. En tercer lugar, por la generalidad de la pasión y la grandeza del dolor asumido [...]. De este modo, la pasión de Cristo no solo fue suficiente, sino también satisfacción superabundante por los pecados del género humano, según 1 Jn 2,2: *El es la propiciación por nuestros pecados: no solo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo*⁵³.

51 III, q. 48, a. 2, ad 1.

52 III, q. 48, a. 2, ad 2.

53 III, q. 48, a. 2 c.

Según afirma santo Tomás, el dolor de Cristo en la pasión fue más grande que el de cualquier contrito por el hecho de que procedía de una sabiduría y caridad mayores⁵⁴.

En el comentario a la carta a los Romanos, Tomás afirma que Dios Padre entregó a Cristo a la muerte ordenándole la encarnación y la pasión, e inspirándole en su voluntad humana el afecto de la caridad por la que sufrió voluntariamente la pasión⁵⁵.

En la *Suma* se dice que la petición de perdón de Cristo en la cruz es la expresión de un amor que alcanza tanto a judíos como a gentiles: «Cristo pidió en la cruz el perdón para sus perseguidores (Lc 23,34), para demostrar la abundancia de su caridad, por la cual padecía; y, para que el fruto de su petición alcanzara a los judíos y a los gentiles, quiso padecer de ambos»⁵⁶.

De las tres formas que tiene la pasión de Cristo de causar la remisión de nuestros pecados, la primera de ellas consiste precisamente en movernos a la caridad por medio de la gran prueba del amor hacia nosotros manifestada en su pasión y muerte. Esta prueba revela al mismo tiempo el amor del Padre a la humanidad y la amistad de Cristo⁵⁷. Es revelación de un amor que mueve y conmueve.

Finalmente, recordemos que para santo Tomás, como para la tradición cristiana, la Eucaristía es el sacramento de la caridad, no solo de la fraterna, sino también de la caridad de Cristo hacia la humanidad. La Eucaristía contiene al mismo Cristo crucificado, «no solamente significado o en figura, sino también en su realidad»; en cambio, los demás sacramentos solo contiene la virtud de Cristo. Esta presencia –afirma santo Tomás– «se ajusta a la caridad de Cristo, por la que asumió un cuerpo real de la misma naturaleza que la nuestra para nuestra salvación». Porque «es connatural a la amistad *compartir la vida con los amigos*, como dice el Filósofo en IX *Ethic.*, Cristo nos ha prometido su presencia corporal, como premio [...]. Mientras tanto, sin embargo, no ha querido privarnos de su presencia corporal en el tiempo de la peregrinación, sino que nos une con él en este sacramento por la realidad de su cuerpo y de su sangre. Por eso dice en Jn 6,57: *Quien come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él.* Por tanto, este sacramento es

54 III, q. 46, a. 6, ad 4.

55 *Super Rom.*, c. 8, lect. 6, n.º 713.

56 III, q. 47, a. 4, ad 1.

57 III, q. 49, a. 1c.

signo de la más grande caridad y aliento de nuestra esperanza, por la unión tan familiar de Cristo con nosotros»⁵⁸.

Santo Tomás afirma en diversos lugares de su obra que la Eucaristía es la expresión de la caridad de Cristo⁵⁹. Por otra parte, este sacramento protege a los cristianos de sus enemigos⁶⁰.

CONCLUSIÓN

La selección de textos de santo Tomás de Aquino referidos a la caridad de Cristo que aquí hemos recogido en absoluto tiene la pretensión de ser exhaustiva. El hecho de presentar estos textos sin incidir más y mejor en su contexto es una limitación de nuestro estudio. No obstante, ponerlos juntos ante nuestra mirada sirven para hacernos una cierta idea de su pensamiento al respecto, y para prestar atención a un tema capital de la teología del Aquinate y en la misma teología cristiana. No falta quien⁶¹ piensa que este tema de la caridad, que se traduce en amistad, es una noción central en la teología de santo Tomás de Aquino, pero que no fue continuada en la tradición, y que no ha sido puesta en su lugar hasta muy recientemente.

En la selección de textos presentada prevalece la idea de Cristo como amigo de los hombres. La amistad es la imagen que mejor expresa lo que el Aquinate captó de la caridad de Cristo. A partir de toda una tradición teológica y filosófica, trató de sacar a la luz lo que la revelación cristiana nos muestra del amor de Cristo por la humanidad. Hemos podido apreciar en los diferentes textos la riqueza de matices, la penetración en la caridad de Cristo y su profunda visión de este misterio inabarcable. Todo esto es de gran ayuda para seguir pensando esta realidad, de modo que inspire nuestra reflexión teológica y alimente nuestra vida espiritual.

58 III, q. 75, a. 1c.

59 Cf. 4 *Sent.*, d. 8, q. 2, a. 2, ql. 3, ad 5. Referencia tomada de Manuel RIVERO, O.P., *La caridad en dos obras de Santo Tomás de Aquino*, p. 207.

60 Cf. *Ex. In Ps 22*, n° 2. Referencia tomada de *ibid.*

61 Olivier GUILLOU, *Les chemins de l'amitié. Désirer et aimer selon saint Thomas d'Aquin* (Coll. Croire et Savoir), Téqui, Paris 2009, pp. 11.-12.